

UN ACTO DE JUSTICIA LITERARIA

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

Hay novelas que valen por sí mismas. Su lectura se justifica de manera suficiente solo por el mérito que encierran su argumento y la forma narrativa de contarlos. Pero dentro de ese tipo de obras, algunas aportan otros valores externos que, como facetas complementarias, ayudan a conocer la época descrita, ya que la perspectiva brindada por la literatura también aporta un valioso papel testimonial, digno de analizarse. *La espuela*, novela de Manuel Barrios, publicada por primera vez en la editorial Destino, en 1965, cuenta con una calidad expresiva que por sí misma reclamaba la recuperación pública que esta nueva edición facilita. Pero pertenece también a esa clase de novela aludida antes: la que guarda entre sus páginas elementos históricos y sociales cuyo interés permanece, aunque hayan pasado ya décadas desde su aparición. Y *La espuela*, en efecto, permite recuperar hilos que se habían perdido en el transcurso de este más de medio siglo. Por ello, esta reedición de *La espuela* quisiera convertirse en la ocasión adecuada para recoger aquellos hilos sueltos que pueden adquirir un nuevo

sentido entrelazándolos. Uno de ellos, el más directo, procede de la propia novela; otro, permite adentrarse en las restantes novelas de Manuel Barrios, y, a su vez, esta producción puede ser también un buen medio para conectar con novelistas que compartieron una serie de actitudes formales, disposiciones críticas ante la vida andaluza e incluso enfoques sociopolíticos. Por tanto, conviene adelantar que a esta introducción la guían varios empeños, porque se considera que la lectura de estas páginas puede adentrarse nuevamente en la reconsideración de unos objetivos literarios olvidados por el paso de este medio siglo.

Existe, pues, en el presente texto una ambición múltiple, que se abre y despliega hacia diversos horizontes, cuyos intereses pueden ser conectados a partir de una lectura de *La espuela*. Lo cual no significa que su valor intrínseco como novela no fuera suficiente para proceder a este rescate, sino que también se trata de uno de esos títulos que sirven de imán para atraer y abordar otras cuestiones necesitadas de atención. Y así, convendría empezar destacando que tanto la narrativa de Manuel Barrios, como el conjunto de novelistas andaluces surgidos por los mismos años, formaron parte de un fenómeno literario que tuvo unos años de esplendor, para caer luego en sorprendente e injustificado olvido. Y conviene insistir en lo de injustificado, porque esta es la clave que motiva esta edición y las palabras que la preceden, guiadas también por un mismo afán de reparación.

Por ello, quizás deba plantearse, en principio, la situación política, social y literaria en la que cabe enmarcar

la obra de Manuel Barrios, tanto desde la perspectiva española como desde otra, más específicamente andaluza. La primera obliga a evocar todo cuanto suponía el franquismo desde el punto de vista cultural, con su consecuente censura y medios de coacción y limitación de las libertades expresivas. A lo que debe añadirse el clima fariseo, clerical y dogmático reinante en la calle, aunque ya en la década de los sesenta se percibirían algunas fisuras. De todos modos, el control de publicaciones, periódicos y otras plataformas de difusión continuaba muy estricto en las cuestiones básicas que atañían al funcionamiento del régimen.

A pesar de esta situación —que no debe ser olvidada a la hora de apreciar en qué circunstancias se publicó *La espuela* y las dificultades que entrañaba entonces escribir— por esos años y los siguientes aparecieron novedades literarias significativas, como los primeros títulos de lo que supuso el movimiento llamado socialrealismo o realismo social. Además, también por entonces empezó un periodo con iniciativas experimentales muy llamativas en la novela española, tras los apagados años anteriores. Intentos como los de Juan Benet, con *Volverás a Región* y *Una meditación*, Camilo José Cela, con *San Camilo 36* y *Oficio de tinieblas*, Torrente Ballester, con *La saga/fuga de JB*, Miguel Espinosa, con *Escuela de mandarines*, Francisco Umbral, con *Mortal y rosa*, aportaron rupturas con las formas tradicionales, oscureciendo los argumentos o anulando su importancia, al mismo tiempo que se hacía más compleja la elaboración verbal. En paralelo estaba sucediendo algo similar con ciertas aportaciones

del lado latinoamericano, con Vargas Llosa, Lezama Lima y ciertas obras de García Márquez.

Pero lo que puede considerarse más determinante a la hora de encajar *La espuela* y los restantes títulos narrativos de Manuel Barrios fue la nueva atmósfera que en parte ya se extendía y en parte él mismo contribuyó a crear, por esos años, en el mundo literario andaluz. Un mundo donde la novela moderna ya contaba con una cierta tradición, pero no era un género que se hubiese consolidado con la continuidad y altura que ya llevaba décadas sucediendo con la poesía. Desde que Fernán Caballero y Valera decidieron convertir la vida y las circunstancias andaluzas en foco de atención primordial para sus novelas no habían faltado otros autores que mantuvieran el mismo empeño. Sin embargo, en la novelística, al ceñirse los autores a describir escenarios muy concretos y al contar Andalucía con paisajes sociales y geográficos muy distantes, no había habido intentos ni voluntad de englobar los títulos publicados como formando parte de un mismo techo narrativo. La poesía sí había permitido establecer articulaciones, e incluso un aliento común, entre sus poetas, aunque participaran de sensibilidades diferentes y viviesen en tierras andaluzas geográficamente apartadas. Pero continuaba pendiente la tarea de establecer un eje que permitiera vincular, formando parte de un conjunto, a ciertas novelas escritas en y sobre Andalucía.

Esta esperanza estaba latente, aguardando, tanto en autores como en lectores, con una predisposición que cobró cuerpo tan pronto como una cierta movilización

cultural y política la hizo posible. Los escritores, aunque fuera de forma velada, sentían necesidad de expresar sus desacuerdos y críticas respecto a la vida social impuesta por el franquismo. A lo que se añadían las reivindicaciones de una cultura andaluza postergada en muchos aspectos. La novela resultó ser el género y el medio apropiado para dar testimonio de esa situación. Sensibles a esta llamada surgieron un buen número de escritores, entre los cuales la amistad o la afinidad política había creado lazos. Un cierto andalucismo —al principio mostrando una disposición, más emocional que política— empezaba a extender una preocupación común por la cultura y el clima social de estas tierras. Venía a ser una réplica, un reflejo, más o menos mimético, provocado por la movilización que, por aquellos años, iniciaron los nacionalismos periféricos del norte. Mas, en el sur, apenas existían plataformas que pudiesen cohesionar a esas voluntades y propuestas culturales, las únicas por entonces posibles.

Porque uno de los problemas de la vida cultural andaluza, tras más de dos décadas de franquismo, consistía en el vacío y falta de articulación existente. Al margen del cultivo de una serie de costumbres y tradiciones populares, y, sobre todo, religiosas, tuteladas o controladas por los aparatos del régimen, apenas habían surgido iniciativas independientes relacionadas con el mundo editorial, o bien con unas revistas literarias regulares y con una fluida distribución. Eran mínimos los cauces establecidos para que pudiesen prodigarse las nuevas voces dispuestas a escribir. Solo la prensa y la radio (tal como le sucedió a Manuel

Barrios en Sevilla) ofrecían posibilidades para quienes querían manifestar alguna labor creadora. Por tanto, mantener relaciones y puentes con los focos literarios más activos de Madrid y Barcelona eran las únicas esperanzas para aquellos autores deseosos de publicar y dar a conocer sus obras. También, desde otros puntos de vista, las universidades y sus servicios de publicaciones, aunque con limitaciones, se convirtieron en válidas fuentes de difusión e intercambio de obras y de nuevas ideas. A este respecto conviene recordar que Manuel Barrios cursó estudios de Derecho en la Universidad de Sevilla, iniciando pronto contactos con el mundo cultural de la ciudad y relaciones con personalidades como Gutiérrez Fernández, Ramón Carande, Francisco de Pelsmaeker, que le acogieron con entusiasmo en reuniones y tertulias.

Pero las expectativas literarias, de todos modos, hasta finales de los sesenta no eran muy distintas a las que habían padecido tantos literatos andaluces desde el siglo XIX. Si se quería escribir y que lo producido obtuviera algún eco público, se hacía necesario desplazarse a otras partes de la península. Es conocida la larga lista de escritores andaluces que debieron emigrar y buscar acomodos exteriores para vivir y publicar. Pero algo empezó a cambiar, por fortuna. Cambios que se pudieron comprobar en la intensa vida profesional que, como periodista, desempeñó Manuel Barrios.

El suyo fue un buen ejemplo de alguien que lograba tener un trabajo (a través de la radio y la prensa) en su tierra, relacionado de alguna manera con su gusto por testimoniar e intervenir en la vida que lo rodeaba.

Uniendo así, al ejercicio de una profesión muy necesaria en la vida civil y en la creación de una opinión pública, el cultivo de su pasión por la escritura. Aunque para proyectarse como novelista continuó dependiendo de los premios y editoriales concedidos, sobre todo, en Barcelona. Y esta será durante muchos años la única posibilidad para difundir sus novelas. Por eso, se vio obligado a llevar a cabo una lucha silenciosa e incómoda, pero indispensable, hasta ser oído y admitido en unos cenáculos de editores que reinaban y decidían lejos de Andalucía. Pero, en parte, lo consiguió: las editoriales Destino y Planeta le abrieron puertas que facilitaron la circulación de sus primeros títulos.

En aquellos años, como se ha resaltado antes, se despertó un mayor interés en España por la novela, quizás como influencia expansiva de aquellos premios literarios que garantizaban un público fijo. También los cambios en los hábitos de la censura, con el ministerio, ligeramente más permisivo, de Fraga, ayudaron al cultivo y publicación de obras que atrajeron a nuevos lectores. La novela exigía que, a su interés literario, la respaldara, además, una cierta industria cultural. Y la narrativa había contado hasta 1936 con una gran tradición editorial que pudo, poco a poco, ser recuperada. Por eso, algunos novelistas se arriesgaron a facilitar esos libros que el país silenciosamente reclamaba, tras dos décadas de represión y oscurantismo.

Y en Andalucía a esas mismas coincidencias se unieron otras más específicas. Porque una mirada distinta empezó a proyectarse sobre la vida andaluza, para

descubrir sus zonas más conflictivas, oscuras y olvidadas. Y surgió un grupo de narradores sin apenas conciencia de conexión gremial alguna ni de formar parte de una supuesta generación, en el sentido orteguiano, aunque unas fechas aproximadas de nacimiento los vincularan. El rasgo más común fue ese recurso a la novela, como si todos ellos, pero cada uno a su aire, hubiesen buscado proponer una explicación social de Andalucía, abriendo una línea de reflexión sobre ciertas singularidades andaluzas, y, finalmente, hubieran concluido que la novela era el género adecuado para esa misión en aquel momento.

Quisieron impulsar una mirada narrativa alimentada con nuevas técnicas y reavivando un lenguaje expuesto a diluirse. En un buen número de casos, esa mirada estaba también teñida por un color político que se distanciaba radicalmente del régimen imperante. Pero, sobre todo, se intentó prestarle otra consideración social al papel de Andalucía como región y sobrepasar toda esa rancia etapa en la que su creación literaria había estado sometida a la influencia de los empalagosos tratamientos de los juegos florales peமானianos o, lo que venía a ser igual, de los resabios de la anterior corriente costumbrista decimonónica. Ese distanciamiento ya había sido emprendido por un novelista adelantado, al que se le puede asignar el papel de haber abierto un nuevo ciclo literario: Manuel Halcón. Aunque no encarnase todavía las nuevas ideas de ruptura formal ni social, ni se hubiera alejado políticamente del franquismo, sus novelas ya se abrieron a otras expectativas.

De todas formas, resulta difícil asignar un papel de iniciador, o incluso de figura relevante, a un nombre, en aquella llamada súbita y espontánea a cultivar una nueva novela andaluza. Este es terreno complicado para adentrarse y analizarlo, ya que, de por sí, incluso la propia serie de nombres es difícil de establecer, dificultad que aumenta si se quiere resaltar alguno de los rasgos efectivos que los vinculó literariamente. Pues, si bien es cierto que los unifica una comparecencia compartida en el escenario narrativo andaluz durante los mismos años; en cambio, en otros aspectos, formales o políticos, más concretos, se alejan o, incluso, se oponen. Por eso, en esta lista aproximada de nombres: Manuel Barrios, Luis Berenguer, Antonio Burgos, José Manuel Caballero Bonald, Aquilino Duque, Manuel Ferrand, Alfonso Grosso, Fernando Quiñones, José María Requena, Julio Manuel de la Rosa, Ramón Solís, José María Vaz de Soto, siempre puede añadirse o eliminarse alguno, en función del criterio, más o menos abierto, elegido.

Por eso mismo, han sido varios los intentos de buscar un motivo para encajarlos. El pertenecer por la edad a la misma generación, unido a una similar concepción de la novela, animó a algunos críticos a acogerlos bajo el perfil de «nueva narrativa andaluza» y también como *narraluces*. Pero una parte de ellos no quisieron reconocerse figurando en una misma agrupación y menos con tal nombre. Verse tan localizados y atados a una geografía tan concreta, algunos lo consideraron algo negativo —nada universal— que recordaba al viejo regionalismo. A esta despectiva falta de

una voluntad interna, se unió la ausencia de interés o de continuidad por una parte de la crítica del exterior de Andalucía. Tampoco los estudiosos han ideado otro nexos, lo suficientemente coherente, para acogerlos bajo un significativo y revelador epígrafe. Porque es difícil averiguar cuándo y a partir de qué cantidad las influencias individuales adquieren ya vida como un cuerpo homogéneo, de manera que su producción pueda ser apreciada como un ente colectivo. Pero, de todos modos y a pesar de esta ausencia de una justificable unidad, en aquellas décadas de los sesenta y setenta aparecieron una gama de novelas que, tanto por su calidad como por número, merecen una lectura y una atención que no se les ha prestado hasta ahora.

Es difícil constatar si fue solo un momento expansivo para la narrativa o para toda la cultura andaluza. Se trata, pues, de una cuestión pendiente. Quizás porque no se consiguió por aquellos años ninguna foto fija, que ejerciera una función similar a la del acto de los poetas del 27 en el Ateneo sevillano que, aunque tuvo escasa incidencia en la vida cultural de Andalucía, sin embargo, sí se convirtió en una llamativa y explotable imagen. Hay que lamentar, pues, que no haya habido más iniciativas para aprovechar los múltiples valores de aquel —disperso pero rico— fenómeno literario. Pero aún hay tiempo para ello y mientras se espera que aparezca esa voluntad interpretativa y esa voz propicia que aglutine lo que todavía permanece disgregado —y también hay que reconocer que casi olvidado— como un primer paso, es buena señal recuperar, como se intenta con esta edición, una de las

novelas más conseguidas de uno de los autores más dotados de aquella *posible* generación. Es un generoso gesto de rescate por parte de sus nuevos editores, Athenaica, que debería ser continuado y complementado por otros editores hasta conseguir que sean asequibles a los lectores un buen número de títulos y abrir aquel acontecimiento literario a todos los andaluces —y no andaluces— que quieran adentrarse en muy apreciables creaciones.

De todos modos, mientras ese necesario empeño de recuperación y análisis colectivo se lleva a cabo, resulta bastante adecuada la elección de Manuel Barrios y de su novela *La espuela* para romper con la inercia existente. Por ese motivo, en este preámbulo, se ha insistido en las cuestiones relacionadas con la posible existencia de una colectividad de autores. Ya que si bien, tanto por la biografía profesional, por la producción literaria y por el propio carácter de la novela escogida, Manuel Barrios, reúne todas las condiciones para ser sumamente valorado de manera aislada, también cabe considerarlo como una figura muy representativa de aquel rico fenómeno colectivo de la reciente cultura andaluza.

Así, pues, en una situación, enmarcada con los precedentes históricos ya conocidos, cobró voz literaria Manuel Barrios Gutiérrez, nacido en La Isla, San Fernando, en 1924. Su vida se iba a caracterizar, de manera ejemplar, por una entrega entusiasta a la literatura en diversas formas y manifestaciones. Cultivó la novela no como algo episódico sino con la continuidad propia de quien presintió las posibilidades que para